

negocios del Estado, sin hablar de los míos, me absorben tanto, que no me es permitido, como al vulgo, el entretenerme en las bagatelas mundanas. Por otra parte, me veo obligado por una razón de economía política, que sería muy largo el explicaros, á aparentar que tengo una querida. ¿ Me haréis vos el honor de desempeñar este aparente papel ? ¿ entendéis bien cuál es mi idea ?

— Perfectamente, respondió Canta-Lilas

— Pues bien, querida amiga, sin oposición ninguna accedéis á mi indicación ; pero para que no os olvidéis jamás, he formulado el sentido verdadero de nuestras obligaciones en una especie de tratado que os dejo, con objeto de que meditéis sobre él. Espero que quedaréis satisfecha del precio que pongo á la originalidad de nuestras relaciones, y en tanto permitidme arreglar un poco los bucles de vuestros cabellos que he tenido la desgracia de desatar.

Y Mr. de Marande, sacando de su cartera muchos billetes de á mil francos, los rodeó en forma de papillotes á los rizos de la princesa de Vanves.

Adiós, princesa, dijo después de haberla besado paternalmente en la frente ; voy á enviaros el paisano de Mr. Juan Robert ; estoy seguro que este joven nos hará honor á los dos ; y si su ramaje corresponde á su plumaje, habréis encontrado ciertamente el fénix de que habla Juvenal.

Y Mr. de Marande abandonó el gabinete de la griseta, encantado de haber salido tan bien de su empresa.

CAPÍTULO XV Y ÚLTIMO.

COLOMBA.

Tres años después del drama que acabamos de referir, y tres días después de la visita de Mr. de Marande á Canta-Lilas, es decir, al terminar el invierno de 1850, el teatro Italiano daba una representación extraordinaria de la ópera italiana *El Otelo*, para que debutase una cantante que hacia dos años se habia hecho célebre en Italia, la señora Carmelita, llamada con más expresión por la voz pública *la signora Colomba*.

Todo París distinguido, inteligente y rico, el París artista, en fin, parecia haberse dado cita aquella noche en el teatro Italiano.

Lo que justificaba aquel deseo, aquel entusiasmo anticipado, era, digámoslo de una vez, no solamente el reconocido talento de la cantante, sino su carácter y el interés que inspiraba á todo el que conocía una parte de su historia.

Escritores de todo género, poetas, prosistas, autores dramáticos y periodistas, la habian alabado en todos sentidos.

Juan Robert y Petrus habian contribuido en gran parte al buen éxito de Carmelita.

Sabemos lo digna que era de ello.

Después de un año de prueba, durante el cual habia estado luchando entre la vida y la muerte, habia consultado á sus tres amigas, Regina, Lidia y Frésolina, sobre el

partido que debía tomar para adormecer ó terminar su dolor.

Mad. de Marande la había aconsejado la entrada en el gran mundo.

Regina, el claustro.

Fresolina, el teatro.

Las tres tenían razón, y desde cualquier punto de vista que se consideren sus consejos podían conducir á obtener el mismo resultado.

En todos ellos desaparece la persona y se pertenece á Dios, al placer ó al arte.

Hemos visto á Carmelita ensayarse en casa de la señora de Marande la noche que volvió á ver á Camilo de Rozán y en que se desmayó á su vista.

El anciano Muller llegó un día á la casa de Carmelita, y la dijo:

— Venid conmigo.

Y la llevó sin decirle adónde. Una mañana se vió en Italia. Habiendo llegado á Milán, Muller la llevó á la representación de la *Semirámide*.

— Hé aquí tu convento, la dijo designándola el teatro; después, señalándola á Rossini, oculto en el fondo de un palco: mira tu adoración, la dijo.

Quince días después, debutaba en el teatro de la Scala, en el papel de *Arsace de Semirámide*, y Rossini la proclamaba la *prima donna* de Italia.

Á los tres meses, cantaba en Venecia la *Dama del Lago*, y los jóvenes de la nobleza veneciana la daban en el gran canal, bajo las ventanas de su habitación, una serenata de que todos los gondoleros conservaron eterna memoria.

Durante los dos años que había pasado en el país de la

melodía, había, conforme hemos dicho, caminado de triunfo en triunfo; había pasado á la clase de divinidad. Rossini la había abrazado, Bellini escribía una ópera para ella; y la Rusia, que desde aquella época buscaba ya el modo de ensalzar á los grandes artistas que nosotros conocíamos y que pagábamos tan mal, proponía á Carmelita un contrato capaz de hacerla desear por un príncipe real.

Marqueses italianos, barones alemanes, príncipes rusos, cien pretendientes se habían puesto en lista para obtener su mano, pero su mano debía sufrir eternamente el contacto de la fría mano de Colombán.

El entusiasmo de la multitud era, como lo hemos dicho al principio de este capítulo, bien justificado, por anticipado que fuese.

El salón estaba lleno de flores, de diamantes y de esplendor.

La corte ocupaba los primeros puestos, los embajadores los palcos de balcón y las señoras de los ministros los palcos de frente.

El quinto palco á la izquierda de los actores, estaba ocupado por tres personas, cuya hermosura atraía las miradas de todo el mundo y cuya felicidad causaba la envidia de todos.

Eran nuestro amigo Petrus Herbel, casado desde hacia un año con la princesa Regina de Lamothe-Houdón; eran la joven y maliciosa Regina y la pequeña Abeja, que habiendo llegado entonces á la juventud, no conservaba de infancia más que el último rayo que las templadas tardes de primavera guardan del sol de la mañana.

Á su frente, y al otro lado del salón y á la derecha del actor, un grupo que llevaba también pintada la felicidad en sus ojos, atraía igualmente las miradas de todos. Era

nuestro personaje Ludovico, que se acababa de casar con la joven Rosa de Noel, ya millonaria por la muerte de Mr. Gerard, y feliz por el amor de Ludovico.

En el centro del salón, dando frente al escenario, las personas que los ocupaban llamaban también la atención. Pero la curiosidad que fijaba á los que miraban al palco de la derecha no era la misma que hacia fijarse en el de la izquierda.

En éste se pavoneaba en un traje reluciente como el sol, y cuyo volumen traspasaba todos los límites de las crenolinias del porvenir la princesa de Vanves, la linda Canta-Lilas, que de tiempo en tiempo volvía lánguidamente la cabeza para mirar á Mr. de Marande, el cual se ocultaba, ó mejor dicho, demostraba ocultarse en el fondo del palco. Pero lo que excitaba más la curiosidad de los espectadores, eran los personajes que componían la reunión del palco de la derecha.

Sin duda que no os acordaréis, queridos lectores, pues apenas nos acordamos nosotros mismos, de aquella alegre bailarina llamada Rosa Engel, á cuyo beneficio os hemos hecho asistir en el teatro imperial de Viena.

Ésta era quien ocupaba el centro del palco, vestida con un traje de gasa blanca, sembrado de perlas, de piedras preciosas y de diamantes. Á su derecha se hallaba, vestido de negro, el que hemos visto en el teatro de Viena con un traje de cachemir blanco entretejido de oro y perlas, con la cabeza cubierta con un turbante de brocado, de donde salían las plumas de esmeralda de un pavo real: era el general Le Bastard de Premont.

Á la izquierda de la señora Rosa Engel, y vestido de negro lo mismo que el general, se hallaba grave lo mismo que el dolor, Mr. Sarranti.

Si de este palco se bajaba la vista hasta las localidades próximas á la platea, se conocía, por los personajes que las ocupaban, que no eran solamente los mencionados los que tenían interés en asistir al debut de la cantante.

En efecto, allí se encontraban Justino y Mina, casados recientemente y que trataban de tranquilizar al viejo Muller, cuyo corazón palpitaba con violencia al imaginar que el público francés podría quizá confirmar el buen éxito que hasta entonces había obtenido su protegida.

Á su lado ; grupo encantador ! Salvador y Fresolina, es decir, el amor tranquilo, sin nieblas, ni temores ; la felicidad, en fin, se encontraba retratada en ellos, su pasión era tan ardiente como el amor primero, tan sólida como el último amor.

Frente á frente de estos dos últimos palcos, había dos personas que no llamaban la atención y que tampoco tenían ningún deseo de atraerla : hablamos de Juan Robert y de Mad. de Marande. Si nunca habéis pasado, lectores, dos horas con la mujer que adoráis en un oscuro palco, mirando sus bellos ojos y escuchando una hermosa música ; si jamás, lectores, os habéis apartado del mundo por dos horas y frente á frente, aunque en público, habéis podido gozar en toda obscuridad de los tesoros del corazón vuestro y la imaginación de vuestro amante, no podréis comprender lo que en tales momentos sentían nuestro amigo Juan Robert y Mad. de Marande.

Y por último, al decir que en medio de la orquesta, sólo como un paria y llenándose filosóficamente la nariz de tabaco, para consolarse sin duda de su aislamiento y de la ingratitud de los hombres, se descubría á Mr. Jackal, habremos presentado todos los actores que han jugado los principales papeles en este drama.

El éxito de Carmelita (ó más bien de Colomba, porque desde aquel día este nombre fué el suyo) traspasó todas las esperanzas. Jamás la Pasta, la Pizzaroni, la Mainvielle, la Catalini, la Malibrán, y en nuestros días la Crisi, la Paulina Viardot y la Frezzolini, han oído resonar un salón con bravos de más simpatía, ni más frenéticos aplausos.

El romance del último acto,

Assisa al piè d'un salice.

se hizo repetir por tres veces. Se hubiera dicho que los espectadores no podían separarse del salón; la voz de Colomba les aprisionaba, por decirlo así.

Se la llamó diez veces, los hombres lanzaban gritos de alegría y las señoras la tiraban sus ramilletes y sus coronas.

Mil personas la esperaban en la salida para felicitarla, para verla de cerca y tocar, si era posible, un pliegue de la ropa de aquella joven en quien el arte vago é indefinido de la música parecía tomar su verdadera forma y sus verdaderos colores.

Entre los que la esperaban en la puerta, se hallaba el viejo Muller, llorando de alegría.

Ella le vió entre todos, y dirigiéndose á él sin ocuparse de las admiraciones de la multitud:

— Maestro, le dijo, ¿estáis satisfecho de mí?

— Tú cantas la música, la respondió, como Dios la inspira y como Weber la escribe, hija mía, y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras descubría su cabeza como para dar un efecto de irreprochable verdad á lo que decía.

Aquel sencillo y respetuoso homenaje rendido por el anciano á la joven, fué tan bien comprendido de la mul-

titud, que todos se descubrieron y se inclinaron á su paso.

En cuanto á ella, cogiéndose al brazo de su antiguo maestro, desapareció diciendo:

— ¡Por qué en vez de morir Colomba, no me ha ahogado como Otelo!

Conclusión.

Para los lectores á quienes los personajes puramente de episodio ó secundarios de esta historia hubiesen podido interesar, no concluiremos esta obra sin asegurarles brevemente, pero de un modo completo, cuál fué su suerte.

Juan Taureau (honor á la fuerza), ha renunciado definitivamente á la señorita Fífine y á sus obras, es propietario de un jardín sin árboles y tiene palomas.

En cuanto á ella, recibió una noche de carnaval lo que suele llamarse un mal golpe, y conducida inmediatamente al hospital de San Luis, murió á los pocos días.

Fafiou, el rival de Juan Taureau, se ha casado con la Colombine del teatro de Galileo Copérnico, ajustándose los tres en uno de los teatros de los boulevares, en donde adquieren inmensos triunfos el uno, el señor Galileo Copérnico, con el nombre de Boutin, y el otro, el siempre joven Fafiou, con el nombre de Colbrún.

Toussaint Louverture ha entrado en una de las fábricas de gas, donde ha llegado á contraatastre después de cinco años de servicios.

Saco de Yeso, de clase infima que era, ha sido ascendido al grado de maestro de obras, y es quien construye, bajo la dirección de un arquitecto las casas de que se encuentran cubiertas en la actualidad las cercanías de París.

Croc-en-Jambes se ha hecho por fin amigo de *Felicide*, ó el matador de gatos, y se llama La Gibelotte. Se han asociado los dos para la explotación de los gatos de los doce departamentos.

Croc-én-Jambes posee además una taberna en las cercanías de París, con el rótulo del *Conejo azul*.

La Gibelotte ha abierto en la calle de Saint-Denis una tienda con el significativo título de la *Gata Blanca*.

En cuanto á monseñor Coletti, por fin ha sido nombrado cardenal en Roma. ¡ No somos nosotros quien le ha nombrado !

Últimamente, Brasil Rolland, que no es el personaje menos interesante de esta historia, ha pasado los días que le quedaban de existencia, la mitad en casa de Salvador, y la otra mitad en casa de Rosa de Noel, donde se le han hecho los días tan agradables como les ha sido posible en recompensa de sus buenos servicios.



El 31 de Julio, el duque de Orleans, nombrado teniente general del reino, hizo llamar á Salvador, uno de los que con Joubert, Godofredo Cavaignac, Bastide, Thomas, Guinard y otros veinte habían enarbolado, después de la batalla, la bandera tricolor en el palacio de las Tullerías.

— Si el voto de la nación me eleva al trono, dijo el duque de Orleans, ¿ creéis que los republicanos se unirán á mí ?

— No, señor, contestó Salvador en nombre de sus compañeros.

— ¿ Pues qué harán entonces ?

— Lo que V. M. ha hecho con ellos : ¡ conspirar !

— Eso es una terquedad, dijo el futuro rey.

— Eso es perseverancia, le contestó Salvador inclinándose.

FIN DEL TOMO DÉCIMO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE.

Pág.

CONTINUACIÓN DEL LIBRO VIGÉSIMOCTAVO.

CAPÍTULO XIV. — En el que Mr. de Marande es consecuente consigo mismo	5
CAP. XV. — En el que los resultados de la batalla de Navarino son considerados bajo un nuevo aspecto	19
CAP. XVI. — Del discurso de Mr. Loredán de Valgeneuse en la Cámara de los Pares, y de sus consecuencias	29
CAP. XVII. — El rey espera.	44
CAP. XVIII. — Episodio bucólico	55
CAP. XIX. — Episodio sentimental.	64
CAP. XX. — Lo que todos hemos visto.	76
CAP. XXI. — En que se refiere cómo el sol de Camilo empieza á obscurecerse.	91
CAP. XXII. — Donde Camilo de Rozán reconoce lo difícil que le sería dar muerte á Salvador, según lo había prometido á Susana de Valgeneuse	104
CAP. XXIII. — Mr. Montausier y Mr. Tartuffe	118
CAP. XXIV. — En que se vuelve á encontrar á la princesa Rina donde se la había dejado	138
CAP. XXV. — La flecha del parto	148
CAP. XXVI. — Donde el abate Bouquemont continúa haciendo de las suyas	157

LIBRO VIGÉSIMONONO.

CAPÍTULO PRIMERO. — La confesión	167
CAP. II. — En que la estrella de Mr. Rappt empieza á obscurarse	
CAP. III. — Conversación del conde y la condesa Rappt	187
CAP. IV. — Diplomacia de la casualidad	196
CAP. V. — En que la Providencia empieza á sustituir á la casualidad	203
CAP. VI. — La mano de Dios	210
CAP. VII. — El mariscal de Lamothe-Houdón	217
CAP. VIII. — Liquidación	225
CAP. IX. — La cadena	265
CAP. X. — En que Camila de Rozán busca el medio de vengar mejor su ofensa	273
CAP. XI. — Lo que se puede ver y escuchar por las puertas	283
CAP. XII. — Donde se cuenta cómo se venga una mujer que ama	293
CAP. XIII. — Todo es bueno cuando concluye bien	306
CAP. XIV. — Honor al valor desgraciado	315
CAP. XV Y ÚLTIMO. — Colomba	325

FIN DEL ÍNDICE.

